

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

BEARD, MARY (2021). *Doce Césares. La representación del poder desde el mundo antiguo hasta la actualidad.* Traducción, Silvia Furió. Barcelona: Crítica. ISBN 978-84-9199-339-1, 453 páginas.

Con este libro la Dra. Mary Beard (una de las máximas exponentes en antigüedad clásica de la última década) busca dar respuesta a una circunstancia que, tal vez por su propia evidencia, no ha sido debidamente analizada. Con excepción de las principales figuras del cristianismo, las imágenes de los emperadores romanos fueron las más representadas de la historia del arte occidental. Este hecho, resulta tan evidente como curioso. Tras cuarenta años de contacto profesional con esas personalidades históricas, parecía el momento propicio de Beard para ofrecer una explicación a esa realidad.

Con un título de claro corte suetoniano, este libro se ocupa de los emperadores romanos. No obstante, cabe aclarar que, si bien estas figuras gobernaron el imperio entre el siglo I a.C. y el I d.C., no es ese el registro cronológico que circunscribe a este estudio que comienza en el Renacimiento. Por esta razón, avisa Beard, el enfoque analítico elegido es “bifocal”. Pues sólo en el diálogo entre lo antiguo y lo moderno se puede lograr una conclusión válida para el tema que le compete y los interrogantes que se plantea ¿Por qué razón a partir del siglo XVI las imágenes imperiales han cautivado tanto a la cultura occidental, al punto que han sido reproducidas y difundidas hasta el agotamiento? En el arte, en la literatura, en los discursos, en el cine, en la publicidad, en la televisión y, hasta hoy en día, en las redes sociales.

La autora se embarca en un largo itinerario por la historia visual de la cultura para averiguar el significado que encarnaron alternativamente estos “rostros del poder”. Por qué fueron representados de una determinada manera y de qué modo la sociedad los ha mirado. Por supuesto, la perplejidad que el tema suscita a esta encumbrada historiadora es la misma que puede generar a cualquier lector inquieto. Particularmente, llama la atención que a medida que la sociedad occidental avanza desde la Modernidad en busca de una solución política republicana, la difusión de

las imágenes de los emperadores romanos, ejemplos de la autocracia y el poder omnímodo, aumentó de manera correlativa.

Cabe destacar que, en el orden académico, este libro se originó en la serie de conferencias “A. W. Mellon en Bellas Artes” que Beard pronunció en el año 2011 en Washington DC invitada por la Academia Norteamericana de Roma. Por otra parte, se encuadra como un aporte magistral y extraordinario en una línea de investigación que ha tomado un gran impulso en los últimos años: la recepción de “lo clásico” en el mundo moderno y contemporáneo.

Los avatares sucedidos en torno a un sarcófago romano erróneamente adjudicado al emperador Alejandro Severo fueron tomados por Beard como disparador de su capítulo introductorio. Esto resulta un testimonio elocuente de las múltiples aproximaciones que involucran a este libro. Adquirido por el Comodoro Jesse Elliot, fue trasladado como trofeo de Beirut a Washington DC en 1845 con destino a servir de depósito de los restos del expresidente norteamericano Andrew Jackson. Sin embargo, Jackson rechazó semejante solemnidad por decoro republicano; no quiso sumar un fundamento más a sus detractores, quienes lo acusaban en su tiempo de “cesarista”. “Este libro trata precisamente de esta clase de historias de descubrimiento, identificación errónea, esperanza, decepción, polémica, interpretación y reinterpretación” (pág. 21). Esta clase de estímulos y circunstancias provocadas por las imágenes de los Césares representan el centro de atención de Mary Beard en este extraordinario volumen de versión de lujo editado por Crítica y traducido al español por Silvia Furió.

A partir de esa finalidad vertebral, cada capítulo constituye una presentación (conferencia) en sí misma. La controversia sobre la identidad del César de Arlés sirvió a la autora de puntapié para valorar la importancia, desde el punto de vista de la historia del arte, de los problemas que implica la identificación imperial en la tradición retratística romana. En cierta medida, esa identificación se encuentra condicionada por nuestros propios deseos por descubrir a célebres emperadores en esos retratos desenterrados: “se trata de un proceso de ‘comparar y contrastar’ subjetivo, basado tanto en la retórica de la persuasión (¿puedes convencerte a ti mismo, y a los demás, de que estás en lo cierto?) como en criterios objetivos” (pág. 70). Debido a las graves dificultades que acarrea dejarse llevar por el testimonio textual de nuestras fuentes literarias como Suetonio o Dion Casio, en este procedimiento ha tomado fundamental relevancia el estudio numismático. Esto justifica el tercer capítulo de Beard, donde analiza la importancia de las monedas antiguas en las reproducciones modernas de los retratos imperiales, tanto en el campo pictórico como en el escultórico. El itinerario analítico continúa en el ímpetu

de emplear las figuras de los emperadores en el arte decorativo utilizado por las grandes familias aristocráticas de la Europa moderna. Tal es el caso de la extraordinaria colección de doce Tazas Aldobrandini del siglo XVI, cuya decoración incluye la imagen de un César en cada una de ellas y el grabado de distintos momentos de la vida de cada uno. Este conjunto, descubre Beard, “constituye el primer intento sistemático conservado de ilustrar las *Vidas de los Césares* de Suetonio” (pág. 141). Contemporánea a esta moda, pero en una escala mucho mayor deben considerarse también el conjunto de doce bustos situados en la elegante sala de recepción de la Villa Borghese en Roma. Por supuesto, en este procedimiento, los artistas modernos empezaron a redefinir esas imágenes. El estudio del modo en que las adaptaron y reformularon de acuerdo con los cánones, vestimentas y sentido estético de cada época, constituye uno de los aportes fundamentales de este volumen.

El quinto capítulo trata de los “Césares más famosos de todos”. Con esa expresión Beard se refiere a la deliciosa colección de 11 retratos imperiales pintados por Tiziano a principios del siglo XVI y que fueron encargados por la familia Gonzaga para decorar una pequeña sala de su majestuoso palacio en Mantua: *Il Camerino dei Cesari*. La celebridad alcanzada por los Césares de Tiziano determinó una gran cantidad de reproducciones posteriores que tuvieron en éstos su fuente de inspiración. Las vicisitudes de esta colección resultan un capítulo fascinante de la historia del arte que la autora se ocupa de reconstruir. La manera en que han circulado sucesivamente, las copias reiteradas, el prestigio de su autor, la reconstrucción imaginaria de los componentes de la colección que lamentablemente se perdieron, las disyuntivas generadas en torno al “doceavo César” de la colección que Tiziano nunca alcanzó a ejecutar. Mediante estas indagaciones, Beard ejemplifica, entre otros aspectos, la manera en que esas imágenes se vinculan con la exhibición de prestigio y prosperidad que en aquel entonces buscaba transmitir una poderosa familia aristocrática italiana del Cinquecento.

El capítulo sexto nos transporta temporalmente más adelante en el itinerario de la imaginaria imperial y presta atención al modo en que se transforma el significado de su mensaje. En ese sentido, Beard rescata el fresco monumental sobre la Escalera del Rey en el Palacio Hampton Court. Este ejemplar extraordinario del Barroco fue ejecutado por Antonio Verrio hacia finales del siglo XVII. Entre las múltiples figuras de la mitología clásica que presenta la obra, recién en 1933 los historiadores del arte descubrieron que la pintura incluía imágenes de los propios Césares. Éstos aparecen reproducidos iconográficamente según la versión satírica de la historia escrita por Juliano el Apóstata sobre los emperadores que lo

precedieron. Hampton Court ofrece, como bien lo supo destacar Mary Beard, un verdadero tesoro artístico con referencia a los emperadores romanos cuya interpretación e itinerario sigue de cerca los pasos de la monarquía británica y la historia inglesa. Tal es el caso del destino padecido por la serie de nueve lienzos del pintor renacentista Andrea Mategna que reproducen el desfile triunfal de Julio César. La situación de estos ejemplares y la suerte que han corrido en materia de preservación ha ido en paralelo a los avatares de la turbulenta historia de Inglaterra en el siglo XVII. Mientras Carlos I Estuardo los compró hacia 1620, Oliver Cromwell los rescató de ser rematados junto al resto de los “bienes del Rey” en tiempos de la revolución parlamentarista. Así como el primerio los había adquirido para aumentar el prestigio y ostentación de su reinado (que se emulaba en el César triunfalista), el segundo supo reconocer en éstos la crítica encriptada por el autor a la forma del poder despótico.

Como revela Beard, la representación cesariana de Hampton Court no termina en la colección de Mategna. Ciertamente, la autora no pudo obviar la exhibición de los tapices diseñados por el artista flamenco Pieter van Aelst y adquiridos por Enrique VIII. Según su hipótesis, este magnífico conjunto tiene en la *Farsalia* de Lucano (un claro ejemplo del pensamiento republicano) su fuente “subversiva” de inspiración. A partir de este ejemplar, reconoce la clara inclinación suetoniana en la representación de los emperadores romanos que, a partir del siglo XVIII y XIX, se expresa en la historia del arte occidental. Es decir, una representación maniquea que da forma a un caleidoscopio de vicios y virtudes encarnados por las figuras imperiales con un claro mensaje de tono moralizador. Los ejemplos que analiza de allí en adelante son varios y muy significativos. El recorrido culmina con las más notables obras representativas del gran acto magnicida de la historia del poder en el imaginario político occidental: el asesinato de los Césares. Un asunto que evidentemente ha suscitado una verdadera fascinación a los retratistas y pintores posteriores a la Revolución Francesa y que Beard intenta comprender a partir de un análisis muy singular. Los “asesinatos” de Vitelio; las “muertes” de César; de Tiberio; de Calígula; el final de Nerón; fueron títulos que no se restringieron a una sola obra o a un solo autor.

El último capítulo, Mary Beard lo reserva a un claro interés personal que la ha acompañado a lo largo de toda su vida académica: el rol de la mujer en la historia. Así es como aprovecha la ocasión para analizar también las imágenes de las mujeres imperiales romanas en el arte universal. La *Agripina* de Benjamin West (1768) y Alma-Tadema (1886), las colecciones de bustos y esculturas conservadas de la antigüedad, los grabados de las “doce emperatrices” de Aegidius Sadeler, la

Mesalina de Beardsley (1895) y Roche-grasse (1916), entre otras, forman parte del interesante repertorio elegido por la autora para incorporar este enfoque particular (y personal) a su estudio vertebral.

En fin, un volumen extraordinario. Contundentemente documentado y notablemente ilustrado. Vigorosamente escrito (y fidedignamente traducido). Un ejemplar ineludible para los historiadores del arte y los amantes de la tradición clásica. Alentamos a lectores y especialistas a tomar conocimiento de estas páginas mediante las cuales Mary Beard, con la notable capacidad de redacción, interrogación e indagación que la caracteriza, suma un aporte muy valioso para comprender el significado más cardinal de la vigencia de “un mundo lleno de Césares”.

JUAN PABLO ALFARO
jpalfaro@uca.edu.ar
Universidad Católica Argentina
PEHG